

Clément Calais

En Alemania, la memoria ya no protege la democracia

El Grand Continent, 6 de junio de 2026.

Cuarenta años después de la publicación del artículo que desencadenó la «disputa de los historiadores» de Jürgen Habermas sobre el Holocausto, ese pasado ya está pasando de otra manera.

Iniciada hace exactamente 40 años, en junio de 1986, por el historiador alemán especialista en fascismos Ernst Nolte, a través de un artículo cuyo título se ha hecho famoso: «*Un pasado que no quiere pasar*»,¹, la disputa de los historiadores (*Historikerstreit*) fue el último gran debate intelectual de Alemania Occidental antes de la caída del Muro.

La desaparición de su protagonista más ilustre, el sociólogo y filósofo [Jürgen Habermas](#), pensador fundamental de la democracia europea y conciencia vigilante de la Alemania de la segunda mitad del siglo XX, confiere un matiz especial al aniversario de esta controversia.

Aunque se enmarca en el contexto de la Guerra Fría y aborda una cuestión íntimamente ligada a la identidad de la construcción política alemana —¿se debe o es posible situar el Holocausto en su contexto histórico? —, la disputa de los historiadores parece, sin embargo, de una actualidad inquietante.

Más de 80 años después de la caída del régimen nazi, la extrema derecha se ha convertido en la primera fuerza política en varios estados federados, en un movimiento que va de la mano de la aceleración reaccionaria de Silicon Valley y de las injerencias de la administración de Trump. Los debates de la década de 1980 sobre la memoria, la responsabilidad histórica y la defensa de los fundamentos normativos de la democracia encuentran así una resonancia inesperada.

Un debate historiográfico y sobre la memoria en el corazón de la identidad alemana de la segunda mitad del siglo XX

La disputa de los historiadores surge en el contexto de una Alemania Occidental próspera, que acababa de reelegir al canciller conservador Helmut Kohl (1982-1998). En lo que respecta a la memoria, este último se había fijado como misión reconciliar al pueblo de Alemania Occidental con su pasado, acabar con cierta forma de arrepentimiento y favorecer la reconstrucción de un relato nacional común.

Como presagio del «*Historikerstreit*» y primer indicio de la arriesgada «*Geschichtspolitik*» del gobierno de Kohl, una visita de Helmut Kohl y Ronald Reagan en mayo de 1985 al cementerio de Bitburg, en Renania-Palatinado, se convirtió en una intensa controversia. De hecho, el cementerio alberga no solo los restos de soldados de la Wehrmacht, sino también de miembros de las Waffen-SS. Casi al mismo tiempo, el presidente federal Richard von Weizsäcker pronuncia el 8 de mayo de 1985 un discurso solemne ante el Bundestag en Bonn para conmemorar los 40 años del fin de la guerra. El

presidente federal, miembro de la CDU e hijo de un alto funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores, describe por primera vez el 8 de mayo de 1945 como «un día de liberación» («*ein Tag der Befreiung*»).

Aunque ya se habían dado varios pasos en la reflexión alemana sobre su pasado totalitario (inmediatamente después de la guerra y desde Estados Unidos, sobre todo con [Hannah Arendt](#), y posteriormente en el marco del movimiento de 1968), los historiadores alemanes no habían llevado a cabo hasta entonces ningún estudio histórico exhaustivo sobre el Holocausto.

Sin embargo, fueron precisamente algunos de ellos, encabezados por Ernst Nolte, quienes asumieron la tarea de liderar los esfuerzos —y posteriormente la batalla— para intentar reconciliar a los alemanes con su terrible pasado mediante su «historicización». Este intento de construir una memoria apaciguada se llevó a cabo, sin embargo, a costa de pactos metodológicos y morales inaceptables, tal y como reveló Jürgen Habermas.

Antes de este debate, la teoría del [totalitarismo](#), defendida sobre todo por Hannah Arendt, había permitido analizar los regímenes comunista y nazi dentro de un marco común. De este modo, en cierto modo a su pesar, había sentado las bases filosóficas de los paralelismos establecidos por historiadores conservadores como Ernst Nolte. Estos últimos habían retomado y simplificado la idea central de un nexo entre el comunismo y el fascismo para contextualizar y relativizar el Holocausto, ahora enmarcado en un amplio movimiento histórico de violencia totalitaria.

Ernst Nolte y la «historicización» del Holocausto

Ernst Nolte se dio a conocer en la historiografía alemana desde 1963 con un amplio estudio comparativo, *Der Faschismus in seiner Epoche*,² traducido a numerosos idiomas. Convertido en profesor emérito de la Universidad Libre de Berlín, publicó el 6 de junio de 1986, en el diario conservador *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, un artículo que desencadenó lo que pronto se denominaría «la disputa de los historiadores» (*Historikerstreit*). Subtitulado «Un discurso que podía escribirse, pero no pronunciarse» —en alusión a la negativa que le habían opuesto los organizadores de las *Römerberggespräche* de Fráncfort—, el texto, titulado «*Vergangenheit, die nicht vergehen will*» («Un pasado que no quiere pasar»), pretende «historicizar» el nacionalsocialismo y el Holocausto situándolos en el contexto más amplio de la violencia del siglo XX.

Mediante una serie de preguntas retóricas, Nolte formula en este libro tesis deliberadamente provocadoras, como prolongación del método comparativo ya empleado en sus trabajos anteriores. En él postula un «nexo causal» (*kausaler Nexus*) entre los crímenes del bolchevismo —un «genocidio de clase»— y los de los nazis. El pasaje más controvertido culmina en esta cascada de interrogantes:

«¿Acaso los nacionalsocialistas, Hitler, no cometieron un acto “asiático” quizá únicamente porque se consideraban a sí mismos, así como a sus semejantes, víctimas potenciales o reales de un acto “asiático”? ¿No fue «El archipiélago del Gulag» más primigenio que Auschwitz? ¿No fue el «asesinato de clase» de los bolcheviques el precursor lógico y factual del «asesinato racial» de los nacionalsocialistas? ¿No se explican también las acciones más secretas de Hitler por el hecho de que no había olvidado la «jaula de ratas»? ¿No

encontraba Auschwitz, tal vez, en sus orígenes, su fuente en un pasado que se negaba a desaparecer?»

Desde esta perspectiva, el nazismo —y, en términos más generales, el fascismo— se presenta como una reacción defensiva ante la amenaza comunista, y los crímenes masivos perpetrados en Rusia habrían servido a Hitler de modelo para los que él mismo cometería a su vez. Nolte desplaza así el «punto de inflexión» del «siglo de los extremos», según la fórmula del historiador británico Eric Hobsbawm, de la Alemania de los años 1930-1940 hacia la Rusia bolchevique y el Gulag estalinista. En consecuencia, aboga por «tachar definitivamente» (*Schlußstrich*) ese pasado, despojándolo de su condición de excepción moral para someterlo a «las reglas más simples que se aplican a todo pasado».

Este artículo, de carácter polémico, forma parte de un conjunto más amplio de trabajos de historiadores conservadores publicados en la misma época y que abordan el tema del pueblo alemán como «víctima» del nazismo, ante el avance del Ejército Rojo hacia el este y los bombardeos aliados. Así, en un libro publicado en 1986,³ Andreas Hillgruber equipara la destrucción de los judíos de Europa con el colapso del frente oriental, que vino acompañado de la expulsión de los alemanes de los territorios del Este. En otro artículo publicado el 25 de abril de 1986 en el *FAZ*, Michael Stürmer, asesor del canciller Helmut Kohl, lamenta que «en un país sin memoria, todo es posible» y aboga por la restauración de una identidad nacional positiva.⁴ En julio, también en la *FAZ*, Klaus Hildebrand defenderá explícitamente las tesis de Nolte en nombre de una historia comparada de los totalitarismos.⁵

La respuesta de Jürgen Habermas

Fue en el semanario de centroizquierda *Die Zeit*, el 11 de julio de 1986, donde Jürgen Habermas publicó su respuesta, «*Eine Art Schadensabwicklung*» («Una forma de gestión de siniestros»), sacando a la luz las concesiones que subyacen al enfoque de Ernst Nolte y de aquellos que, como él, se habían propuesto reconstruir un relato nacional común y consensuado.

Habermas, a quien a menudo se considera uno de los grandes pensadores de la reconstrucción de la Alemania de la posguerra, denuncia en su artículo los problemas que plantean tanto el método como el vocabulario de sus adversarios. En el caso de Michael Stürmer, señala el sacrificio de la honestidad intelectual y el rigor científico en aras de una supuesta necesidad política: la de forjar una identidad colectiva. Stürmer asume, por otra parte, esta «función de creador de sentido» (*Sinnstiftung*) cuando escribe que «en un país sin historia, quien llena la memoria, da forma a los conceptos e interpreta el pasado es quien se gana el futuro».

A continuación, al analizar las propuestas metodológicas de Andreas Hillgruber, Habermas pone de manifiesto las tendencias revisionistas de este último, quien propone adoptar el «punto de vista de los alemanes» en contraposición al de los vencedores. Hillgruber se niega, sin duda, a adoptar directamente la perspectiva hitleriana, en nombre de un darwinismo social irrelevante, así como la de los liberadores, de la que solo las víctimas de los campos podrían dar cuenta; pero, curiosamente, se abstiene de considerar la perspectiva, sin embargo la más evidente, de un historiador que escribe cuatro décadas después de los hechos. Habermas ve en ello una elección cargada de

significado: «Uno se pregunta, perplejo, por qué el historiador de 1986 no intentaría una retrospectiva a 40 años de distancia, adoptando así su propia perspectiva, de la que, en cualquier caso, no puede desprenderse».

El propio título de la obra delata esta parcialidad: yuxtaponer el simple «fin» (*Ende*) de los judíos de Europa y el «aplastamiento» (*Zerschlagung*) —término con una carga simbólica muy diferente— del Reich alemán equivale ya a establecer implícitamente una jerarquía entre ambas catástrofes.

Pero es a Ernst Nolte a quien Habermas reserva sus ataques más virulentos. Al señalar lo que, en sus textos, delata su orientación política y moral, pone de manifiesto el carácter engañoso de su enfoque. Con un humor ácido, señala que Nolte lamenta que la historia del Tercer Reich haya sido «escrita esencialmente por los vencedores y transformada en un *mito negativo*», para ilustrar su argumento con un experimento mental de dudoso gusto: «Nolte nos invita a imaginar la imagen que habría dado de Israel una OLP victoriosa tras la aniquilación total del Estado hebreo: “Entonces, durante décadas y tal vez siglos, nadie se atrevería ya a relacionar los conmovedores orígenes del sionismo con el espíritu de resistencia contra el antisemitismo europeo”».

Más allá de la elección de ejemplos o de palabras «poco apetecibles» (*unappetitlich*), Habermas ataca el núcleo mismo del argumento de Nolte, a saber, el intento de «historicización» del Holocausto. La comparación con otros episodios de violencia masiva, loable en principio, alcanza aquí un límite: no se puede, como hace Nolte, reducir la singularidad del Holocausto a su mera dimensión técnica, afirmando, según la fórmula reproducida por Habermas, que «todo lo que los nacionalsocialistas hicieron posteriormente, con la única excepción del procedimiento técnico del gaseamiento, ya había sido descrito en una abundante literatura de los años veinte». Es igualmente inaceptable, para Habermas, «justificar» (*berechtigen*) el trato infligido a los judíos alemanes por la supuesta «declaración de guerra» de Chaim Weizmann ante el Congreso Judío Mundial de septiembre de 1939, argumento que Nolte ya había esgrimido, recuerda Habermas, ante Saul Friedländer durante una cena. Según esta lógica, la «supuesta destrucción de los judíos bajo el Tercer Reich no habría sido más que una reacción o una copia deformada, y no un acontecimiento original».

Así, concluye Habermas, Nolte «mata dos pájaros de un tiro: los crímenes nazis pierden su singularidad en cuanto se los presenta, al menos, como comprensibles, como una respuesta a las amenazas de exterminio bolcheviques (que persistirían hoy). Auschwitz se reduce entonces a una simple innovación técnica y se explica por la amenaza “asiática” de un enemigo que sigue acechando a nuestras puertas».

Habermas, a quien a veces se conoce como el «tutor de Alemania», detectó de inmediato en las palabras, los ejemplos y el método de Nolte el potencial tóxico que entrañaba para la sociedad de Alemania Occidental un cierre demasiado rápido y «definitivo» de la memoria de los crímenes nazis. Su respuesta, mordaz, concluye con un alegato a favor de lo que él denomina *patriotismo constitucional* (*Verfassungspatriotismus*): «El único patriotismo que no nos aleja de Occidente es el patriotismo constitucional. Un apego a los principios universalistas de la Constitución, arraigado en las convicciones, solo pudo

formarse en la nación cultural de los alemanes después de —y gracias a— Auschwitz».

Este artículo contribuyó en gran medida a contrarrestar el discurso conservador de «reconciliación» de los alemanes con su memoria, y a relegar a la extrema derecha del debate político e historiográfico el método y los objetivos de los historiadores que impulsaban ese proyecto.

Una prórroga inesperada al otro lado del Rin

Las preguntas planteadas de forma provocativa por Ernst Nolte tuvieron una acogida relativamente discreta fuera de Alemania, sobre todo en Francia, donde los intentos de diluir la culpa alemana encontraban poco eco. Sin embargo, fue precisamente un historiador francés de renombre internacional, François Furet, conocido por sus trabajos sobre la Revolución Francesa, quien llevó el debate fuera de Alemania y lo mantuvo con Ernst Nolte a lo largo de la década de 1990.

En aquella época, el *Historikerstreit* había contribuido a relegar al historiador berlinés a los márgenes más conservadores de la historiografía alemana. El interés que le profesa François Furet, antiguo miembro del Partido Comunista Francés convertido en una de las figuras intelectuales clave de la posguerra, constituye una oportunidad para que Nolte defienda sus tesis más allá de los círculos germánicos, donde por entonces están ampliamente desacreditadas.

François Furet, cuya contribución a la Revolución Francesa reside, sobre todo, en la «historicización» que propone y en su análisis desde una perspectiva a largo plazo, percibe afinidades entre su propio enfoque y el de Nolte sobre el fascismo. Además, en aquel momento estaba a punto de publicar *Le Passé d'une illusion* (1995), un extenso ensayo sobre el comunismo en el siglo XX en el que recurre a la teoría del totalitarismo y cita explícitamente los trabajos de su homólogo alemán.

Sin embargo, aunque sus intercambios se mantuvieron cordiales y Furet reconoció ciertos méritos en el enfoque de Nolte, el historiador francés nunca hizo suyas las tesis revisionistas de su interlocutor. En su correspondencia, publicada por la revista italiana *Liberal*, rechaza en particular la famosa tesis del «vínculo causal» entre el Gulag y Auschwitz, recordando que estos dos fenómenos no se encuentran en una «relación de causa y efecto». No obstante, fue el artífice de una mayor difusión de Nolte en Francia, lo que llevó a este último a intervenir periódicamente en conferencias y en los medios de comunicación franceses hasta su muerte en 2016.

¿Una nueva disputa entre historiadores?

Hoy, la controversia alemana sobre la memoria del Holocausto, a falta de haber encontrado una respuesta definitiva —algo que Jürgen Habermas, a pesar de su carácter polémico, deseaba precisamente evitar en favor de un debate plural y abierto—, ha perdido intensidad. La caída del Muro ha relegado a un segundo plano una polémica que se basaba en gran medida en la polaridad entre el conservadurismo alemán y el comunismo.

Sin embargo, en un giro inesperado, a principios de la década de 2020 surgió lo que algunos han calificado como la «disputa de los historiadores 2.0».

Este resurgimiento se produjo inicialmente a raíz de un artículo del investigador australiano Dirk Moses, en el que criticaba el «catecismo alemán» sobre el Holocausto —una expresión rechazada por Habermas— que, según él, impediría reflexionar sobre otros episodios históricos similares, especialmente en el contexto colonial.

La controversia saltó a la palestra cuando la memoria de los crímenes perpetrados por los alemanes y otras potencias occidentales en África pasó a primer plano con motivo de la inauguración del Humboldt Forum en Berlín. Este museo, erigido en el corazón de la capital prusiana en el emplazamiento del antiguo *Palast der Republik* de Alemania Oriental, acoge desde 2020 las colecciones etnológicas de la fundación museística berlinesa.

La cuestión de la propiedad y la exposición de estas 500.000 obras, presentadas en el Palacio de los Hohenzollern, reconstruido prácticamente a la medida, ha suscitado un amplio debate sobre la memoria alemana y, en un sentido más amplio, occidental. Aunque esta no tiene la dimensión de «mito negativo» evocada por Ernst Nolte en relación con el nazismo, mantiene sin embargo puntos de contacto con la controversia de los años ochenta. En ambos casos, la cuestión central es la posibilidad de construir un relato común allí donde se ha producido lo irreparable.

Cabe señalar, por otra parte, que la «primera» disputa de historiadores también se desarrolló en el contexto de un proyecto museístico: el Deutsches Historisches Museum, impulsado por Helmut Kohl e inaugurado en 1987. En 1995 también estalló otra controversia museística con la exposición itinerante del Institut für Sozialwissenschaften de Hamburgo, titulada «Guerra de exterminio: los crímenes de la Wehrmacht de 1941 a 1944», que ponía profundamente en tela de juicio el mito de un ejército regular alemán con las manos limpias, en contraposición a las SS, que habrían sido las únicas en cometer los crímenes.

Como ha señalado el historiador Stephan Malinowski, los términos del debate han cambiado profundamente desde los años ochenta, época aún dominada por el enfrentamiento entre el Este y el Oeste. En esta nueva controversia, son ahora los conservadores quienes defienden el carácter único del Holocausto, mientras que los historiadores y los movimientos de izquierda ya no dudan en establecer paralelismos entre los crímenes nazis y los perpetrados en el marco de la colonización. En una Alemania más abierta al mundo, que se considera a sí misma una sociedad democrática y una potencia virtuosa en la escena internacional, la existencia de un pasado de conquistas y atrocidades, en particular el genocidio de los herero y los nama, sigue siendo en muchos aspectos «un pasado que no quiere pasar».

La polémica y el auge de la AfD

El recuerdo del Holocausto y de las atrocidades del régimen nazi ha servido durante mucho tiempo de barrera de protección en las democracias occidentales, relegando a los partidos ultraconservadores a un segundo plano e impidiendo, de hecho, que la extrema derecha llegara al poder. Ahora, un partido como *Alternativa para Alemania* (AfD) multiplica en su comunicación y su doctrina las [alusiones abiertas](#) al legado nacionalsocialista, sin que ello frene su avance en las encuestas y en casi todas las elecciones. La codirectora del partido, Alice Weidel, ha popularizado así el eslogan «*Alice für Deutschland*»,

un juego de palabras que evoca sin ambigüedades el «*Alles für Deutschland*» («Todo por Alemania») grabado en las dagas de las SA y cuyo uso público es punible en Alemania, motivo por el cual Björn Höcke, líder de la AfD en Turingia, fue condenado en dos ocasiones en 2024.⁶ Este último calificó además el Monumento a los judíos asesinados de Europa, en el centro de Berlín, de «monumento de la vergüenza» (*Denkmal der Schande*).⁷ En febrero de 2025, Weidel llegó a afirmar, durante una entrevista retransmitida en X con Elon Musk, que Hitler habría sido «un comunista»,⁸ afirmación inmediatamente desmentida por su propio mentor, Alexander Gauland, pero cuya genealogía noltiana parece evidente.

Cofundador de la AfD, antiguo portavoz del partido y diputado en el Bundestag, Gauland también se ha convertido en un especialista en este tipo de provocaciones. Durante un congreso de las juventudes del partido celebrado en Seebach en junio de 2018, declaró: «Hitler y los nazis no son más que excrementos de pájaro (*Vogelschiss*) en más de mil años de gloriosa historia alemana», añadiendo que «hay que reconocer nuestra responsabilidad por esos 12 años, pero tenemos una historia gloriosa, y esta, queridos amigos, duró mucho más que esos 12 malditos años».⁹ Unos meses antes, reivindicaba «el derecho a volver a estar orgullosos de las hazañas de los soldados alemanes durante las dos guerras mundiales» y afirmaba que el periodo nazi «ya no forma parte de nuestra identidad».¹⁰ A través de estas repetidas provocaciones, resurge la idea de que relativizar el pasado criminal de Alemania sería un paso obligado para reconstruir una narrativa común y, con ella, un orgullo nacional que los partidos actualmente en el poder consideran menoscabado.¹¹

Por otra parte, desde los ataques de Hamás contra Israel el 7 de octubre de 2023, se han establecido paralelismos entre el Holocausto y la guerra que libra el Estado israelí en la Franja de Gaza. Estas comparaciones suelen plantearse de forma indirecta mediante la [calificación de «genocidio»](#) y su referencia al Holocausto. De hecho, esto es lo que durante mucho tiempo llevó al político progresista Bernie Sanders a actuar con cautela, negándose hasta septiembre de 2025, en contra de la opinión de su base, a utilizar el término «genocidio» para denunciar las acciones de Israel en Gaza. Algunos, en cambio, como Lula el 19 de febrero de 2024 en Adís Abeba, no dudaron en comparar a Israel con la Alemania nazi, y el destino de los palestinos con el de los judíos durante el Holocausto.¹² Al hacerlo, vuelven a plantear, en un contexto muy alejado de aquel en el que fue debatido por Habermas y Nolte, la cuestión del carácter único (*Einzigartigkeit*) del Holocausto y de la legitimidad de las comparaciones entre episodios de violencia masiva.

En cada uno de estos casos, las claves de interpretación que aportó Jürgen Habermas durante la disputa de los historiadores permiten reflexionar sobre el mundo de forma crítica y abierta, incluso ante las situaciones más controvertidas. El enfoque y la vigilancia del «tutor de Alemania» ante los usos políticos de la historia, y en particular de la memoria del Holocausto, siguen siendo más pertinentes que nunca para mantener a distancia, sin borrarla, la carga traumática generada por la evocación de los crímenes del pasado.

Habermas ante la Ilustración Oscura

Lejos de los debates historiográficos alemanes, en California se desarrolló durante la década de los noventa una nueva forma de pensar que pronto entraría en colisión frontal con las propuestas de Jürgen Habermas para concebir una sociedad auténticamente democrática. En torno a figuras destacadas, a veces vinculadas a Alemania, como Peter Thiel o Alex Karp, una nueva «tecnofilosofía» se enfrentó directamente al optimismo habermassiano con las realidades de un mundo en fase de brutalización acelerada.

Alex Karp, quien en 2002 defendió en la Universidad Goethe de Fráncfort una tesis titulada *Aggression in der Lebenswelt* («La agresión en el mundo de la vida»),¹³ es sin duda quien más explícitamente se ha emancipado de los conceptos desarrollados por Habermas —la acción comunicativa, el espacio público, la ética de la discusión—. Él mismo contó, en un texto de recuerdos publicado por *Politico* unos días después de la muerte del filósofo en marzo de 2025 y de la publicación en estas páginas de [la primera entrevista con su directora de tesis](#), el rechazo que este le había infligido.¹⁴

Al llegar a Fráncfort en 1992, recién licenciado por Stanford de 24 años, Karp esperaba dedicarse a la docencia universitaria. Tras pasar varios años en el coloquio de Habermas en el Institut für Sozialforschung, presentó unas 40 páginas de su tesis: una crítica al sociólogo Talcott Parsons centrada en el papel de la agresión en la integración social. La respuesta de Habermas fue tajante: «Simplemente no puede competir con los críticos literarios y teóricos que han escrito recientemente sobre este tema». Karp confesará que este rechazo «fue un shock total y una herida». Finalmente terminará su tesis bajo la dirección de la socióloga Karola Brede, trabajando, en particular, siguiendo a Adorno, sobre la noción de «antisemitismo secundario», resumido en la frase atribuida al psiquiatra israelí Zvi Rix según la cual «los alemanes nunca perdonarán a los judíos por Auschwitz».

Lejos de considerar el debate público informado como un proceso virtuoso capaz de generar soluciones a partir de posiciones opuestas, Karp, en contraposición total a Habermas, opta por asumir la irreconciliabilidad de las divergencias de intereses entre individuos y naciones. Sus años en Fráncfort, dirá, le habrán convencido de que la élite intelectual europea se había visto paralizada por el análisis, brillante en la crítica, pero incapaz de construir.

La creación de Palantir junto a Peter Thiel en 2003 es, en cierto modo, la materialización en el mundo real de esa visión conflictiva del ámbito político. El diálogo ya no se concibe como el camino hacia el consenso, sino como un respiro ante un conflicto que se considera inevitable. Desde esta perspectiva, más vale estar lo mejor informado y equipado posible, y eso es precisamente lo que Palantir ofrece a sus clientes, entre los que destacan los ejércitos israelí y estadounidense.

Otro ataque se dirige contra el marco moral heredado de la posguerra, el de Peter Thiel, que fue alumno en Stanford del filósofo francés René Girard, y que ahora vuelve en su contra el análisis girardiano del «mecanismo del chivo expiatorio». En una entrevista de 2024 en el canal *TRIGGERnometry*, afirma que lo que él llama «wokismo» sería «una intensificación extrema» del cristianismo: «El cristianismo, la principal religión del mundo occidental, siempre se pone del lado de la víctima. Y ahí hay una especie de deformación o intensificación. Quizá deberían pensar en el *wokismo* como un

ultracristianismo o un hiper cristianismo. Excepto que ya no hay perdón: se mantiene el pecado original, se mantienen todas esas cosas malas que ocurrieron en el pasado, el pasado es terrible y nunca se puede superar». ¹⁵ Esta crítica a la «cultura de la víctima» —y, en su prolongación, a la «cultura de la vergüenza» alemana forjada después de 1945, de la que Habermas es uno de los principales artífices intelectuales— fundamenta la descalificación, según Thiel y Karp, del consenso democrático tal y como se ha reconstruido en Europa desde la Segunda Guerra Mundial.

En otro orden de cosas, la adquisición de Twitter por parte de Elon Musk en 2022 constituyó el ejemplo perfecto del desafío que plantean las redes sociales al marco conceptual *habermassiano* y, más concretamente, al pasado que no pasa. En la visión de Habermas, el debate público se desarrolla en un marco democrático clásico, heredado del siglo XVIII, en el que se elaboran leyes que responden a las necesidades de una sociedad expresadas mediante el consenso. Sin embargo, una parte fundamental de los intercambios políticos tiene lugar ahora en X, lejos de las instancias de regulación democrática, y su influencia en el ámbito político real no guarda proporción con su audiencia efectiva. Esta problemática está hoy en gran medida en manos de empresarios comprometidos, en nombre del libertarismo, con una destrucción asumida de toda moderación, y que no temen la proximidad de los «hombres fuertes».

Demostrando, por si fuera necesario, la falta de neutralidad del espacio público creado por las redes sociales, Elon Musk no duda, por otra parte, en apoyar en su plataforma al partido que cuestiona abiertamente el consenso democrático reconstruido tras 1945 en Alemania. En vísperas de las elecciones legislativas alemanas de febrero de 2025, Elon Musk multiplicó así sus declaraciones a favor de *Alternative für Deutschland*, calificando al partido de extrema derecha como la única fuerza capaz de «salvar a Alemania». El multimillonario de origen sudafricano llegó incluso a organizar una entrevista en directo de una hora en X con su codirectora Alice Weidel, y luego intervenir por videoconferencia en un mitin del partido en Halle, donde declaró a los militantes que la «culpa del pasado» se había instrumentalizado durante demasiado tiempo y que se había «puesto demasiado énfasis en la culpa del pasado, y debemos superar eso».

Unos días más tarde, en la Conferencia de Seguridad de Múnich, el vicepresidente estadounidense J. D. Vance amplió ese apoyo al arremeter explícitamente contra el *cordón sanitario* (*Brandmauer*) erigido por los partidos tradicionales alemanes en torno a la AfD, y al reunirse con Alice Weidel, un gesto sin precedentes por parte de un alto representante estadounidense. Esta presión externa, denunciada con palabras especialmente duras por el canciller Merz la víspera de su elección, ilustra así la convergencia entre los gigantes tecnológicos y la nueva derecha estadounidense para legitimar, en el seno mismo del debate público europeo, fuerzas políticas que una memoria estructurada por el legado de Habermas mantenía hasta ahora a distancia.

Ante la disrupción del marco institucional provocada por la infraestructura digital del debate público, ¿podemos esperar, como Habermas, que el «patriotismo constitucional» y la construcción europea sigan aportando respuestas?

El poder normativo de la Unión podría constituir un contrapeso salvador frente a los peligros que amenazan a la democracia occidental. Pero su capacidad

para imponerse dependerá de la posibilidad de consolidar un consenso ciudadano y, por tanto, una fuerza política suficiente para imponer opciones de sociedad que se opongan frontalmente a los intereses de las élites tecnológicas estadounidenses. Ahora bien, según Habermas, este consenso democrático solo puede lograrse mediante un debate directo entre los ciudadanos, debate que, en la actualidad, se desarrolla en gran parte en redes sociales controladas por empresas estadounidenses o chinas.

Ante la ausencia del «tutor de Alemania», fallecido en marzo de 2025, y ante una crisis de la «*politische Mitte* (política de centro)», le corresponde a una nueva generación, más expuesta y mejor informada de los riesgos que entrañan estas nuevas tecnologías, preservar lo esencial para evitar de nuevo lo peor.

Notas al pie

1. Ernst Nolte, [«Vergangenheit, die nicht vergehen will. Eine Rede, die geschrieben, aber nicht gehalten werden konnte»](#), *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 6 de junio de 1986.
2. Ernst Nolte, *Der Faschismus in seiner Epoche. Die Action française – Der italienische Faschismus – Der Nationalsozialismus*, Múnich, R. Piper & Co. Verlag, 1963.
3. Andreas Hillgruber, *Zweierlei Untergang. Die Zerschlagung des Deutschen Reiches und das Ende des europäischen Judentums*, Berlín, Siedler (col. «Corso bei Siedler»), 1986.
4. Michael Stürmer, «Geschichte in geschichtslosem Land», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 25 de abril de 1986.
5. Klaus Hildebrand, *Das Zeitalter der Tyrannen. Geschichte und Politik: Die Verwalter der Aufklärung, das Risiko der Wissenschaft und die Geborgenheit der Weltanschauung*, *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 31 de julio de 1986.
6. La justicia alemana condenó, en mayo de 2024, a Björn Höcke a una multa de 13.000 euros por utilizar el eslogan nacionalsocialista «*Alles für Deutschland*» («Todo por Alemania») durante un mitin electoral en Merseburg, en Sajonia-Anhalt, en 2021. Se le impuso una segunda multa en julio de 2024 por haber lanzado, en diciembre de 2023, durante un mitin de la AfD en Gera, Turingia, «Todo por», y a continuación incitó al público a completar la frase gritando «Alemania», repitiendo así ese mismo eslogan.
7. En enero de 2017, Björn Höcke calificó el Memorial del Holocausto de Berlín de «monumento de la vergüenza», durante un discurso en Dresde, Sajonia. Se llegó incluso a plantear su expulsión del partido debido a la polémica suscitada por sus declaraciones.
8. «Hitler era un socialista, un comunista», afirmó Alice Weidel durante ese intercambio en directo con Elon Musk en X en enero de 2025.
9. Discurso de Alexander Gauland del 2 de junio de 2018.
10. «Si los franceses tienen derecho a estar orgullosos de Napoleón y los ingleses de Churchill, no hay razón para que nosotros no podamos estar orgullosos de las hazañas de los soldados alemanes durante la Segunda Guerra Mundial», decía aún el 14 de septiembre de 2017.
11. Esta continuidad adquiere a veces una dimensión genealógica, en este caso al pie de la letra. La vicepresidenta del grupo AfD en el Bundestag, Beatrix von Storch, es

la bisnieta del conde Lutz Schwerin von Krosigk, ministro de Finanzas del Reich de forma ininterrumpida desde 1932 hasta 1945 —es decir, el hombre que, en ese cargo, financió los campos de concentración y posteriormente los de exterminio, así como toda la maquinaria genocida— y, brevemente, último canciller del Tercer Reich tras los suicidios de Hitler y Goebbels. Condenado a diez años de prisión en el juicio de la Wilhelmstraße en 1949, fue puesto en libertad en 1951 gracias a una ley de amnistía. Su descendiente, que nunca se ha distanciado públicamente de ese antepasado, ilustra la forma en que la AfD asume una genealogía política que se remonta a los conservadores nacionalistas que allanaron el camino al régimen nazi en 1933.

12. «Lo que está ocurriendo en la Franja de Gaza no es una guerra, es un genocidio», declaró Lula da Silva, presidente de Brasil, durante una cumbre de la Unión Africana en Adís Abeba, Etiopía, el 18 de febrero de 2024.

13. Alexander Karp, *Aggression in der Lebenswelt: Die Erweiterung des Parsonsschen Konzepts der Aggression durch die Beschreibung des Zusammenhangs von Jargon, Aggression und Kultur*, 2002. Traducción al español: «La agresión en el mundo de la vida: la ampliación del concepto de agresión de Parsons a través de la descripción del vínculo entre jerga, agresión y cultura».

14. Alex Karp, «[My Time with Jürgen Habermas, Europe's 'Last Intellectual'](#)», *Político*, 20 de marzo de 2026.

15. «Peter Thiel: The Real Risk is Totalitarian World Government», *Triggernometry*, 2024.